

última entrevista. «Traed un poco de agua y un vaso»,—dijo á su criado. Habia encima de la mesa una botella con agua helada, y Clery se la enseñó. «Traed agua que no esté helada, porque si la reina bebiese de ésta, podria hacerle mal.» Al fin se abrió la puerta, y la reina, que traia de la mano á su hijo, se lanzó la primera en los brazos del rey, é hizo un rápido movimiento como para arrastrarle á su habitacion y sustraerle á la vista de los espectadores. «No, no,—dijo el rey con voz sorda, sosteniendo á su esposa sobre su corazon y dirigiéndola hácia la sala;— sólo puedo veros aquí.»

Madama Isabel venia en pos con la princesa real, y Clery cerró la puerta apenas entraron. El rey hizo á la reina que se sentase en una silla á la derecha, su hermana en otra á la izquierda, y él se sentó en medio. Las sillas estaban tan inmediatas que las dos princesas, sólo con inclinarse, rodeaban los hombros del rey con sus brazos, y tenian las cabezas descansando sobre su seno. La princesa real, con la frente baja y los cabellos tendidos sobre las rodillas de su padre, estaba como prosternada sobre su cuerpo; el rey tenia al Delfin sentado sobre un muslo, con uno de sus brazos pasado alrededor del cuello. Estas cinco personas, agrupadas así por el instinto de su ternura y estrechándose convulsivamente las unas en los brazos de las otras, con los rostros ocultos sobre el pecho del rey, sólo dejaban ver un grupo de cabezas, de brazos y de miembros palpitantes que agitaba el estremecimiento del dolor y de las caricias, y de donde se escapaba en mal articuladas y comprimidas palabras, en sordo murmullo y en desgarradores gritos, la desesperacion de aquellas cinco almas, confundidas en una para ahogarse, para despedazarse y morir en un solo abrazo.

VIII

En más de media hora no pudo salir una sola palabra de sus labios. Sólo se oia una lamentacion en que todas aquellas voces de padre, de mujeres y niños se perdian en el gemido comun, se llamaban, se respondian, se provocaban las unas á las otras por sollozos que se renovaban y acrecian por intervalos en gritos tan agudos y penetrantes, que atravesaban las puertas, las ventanas y paredes de la torre, y se oian en los barrios inmediatos. Por último, la extenuacion de fuerzas abatió hasta aquellos síntomas de dolor, las lágrimas se secaron sobre los párpados, las cabezas se juntaron á la cabeza del rey, como para suspender todas las almas á sus labios, y una conversacion en voz baja, interrumpida de tiempo en tiempo por los besos y los abrazos, se prolongó durante dos horas, que puede decirse fueron un solo abrazo. Nadie de fuera oyó aquellas confidencias del moribundo con los sobrevivientes; el sepulcro y los calabozos las ahogaron en pocos meses con los corazones. Sólo la princesa real guardó las reliquias en su memoria, y más tarde reveló lo que la confidencia, la política y la muerte pueden dejar traslucir de las ternuras de un padre, de la conciencia de un moribundo y de las secretas intenciones de un rey. Relaciones mutuas de sus pensamientos despues de su separacion, recomendaciones repetidas de sacrificar á Dios toda venganza, si alguna vez la inconstancia de los pueblos, que es la fortuna de los reyes, pusiese á sus enemigos en sus manos; arrebatos sobrenaturales del alma de Luis XVI hácia el cielo, enternecimientos repentinos y recuerdos de la tierra al aspecto de aquellos

séres queridos, cuyos brazos entrelazados parecian atraerle y retenerle en ella; una esperanza vaga, exagerada por una piadosa ficcion, á fin de moderar el dolor de la reina; resignacion de todo en manos de Dios, votos sublimes para que su vida no costase una gota de sangre á su pueblo, lecciones aún más cristianas que reales, dadas y repetidas á su hijo: todo esto, interrumpido por los besos, las lágrimas, los abrazos, las oraciones en comun, despedidas más tiernas y más secretas pronunciadas en voz baja al oido de la reina, llenó las dos horas que duró aquella fúnebre entrevista.

Desde fuera sólo se oia un tierno y confuso murmullo de voces. Los comisarios dirigian de tiempo en tiempo una mirada furtiva á traves de los cristales, como para advertir al rey que pasaba el tiempo.

Cuando se agotaron la ternura en los corazones, las lágrimas en los ojos y las voces en los labios, se levantó el rey y estrechó á toda su familia á la vez en sus brazos. La reina se arrojó á sus piés, y le suplicó les permitiese pasar aquella última noche junto á él. Su cariño le obligó á negarse á ello, porque aquel enternecimiento gastaba su vida. Tomó por pretexto la necesidad que él mismo tenia de algunas horas de tranquilidad para prepararse al dia siguiente con todas sus fuerzas; pero prometió á su familia hacerla llamar al otro dia á las ocho. «¿Por qué no á las siete?»—dijo la reina. «Pues bien, sí, á las siete»,—respondió el rey. «¿Nos lo prometéis?»—dijeron todos. «Os lo prometo»,—repitió el rey. Al atravesar la antecámara, la reina se suspendia con ambos brazos al cuello del rey, la princesa real le rodeaba con los suyos, madama Isabel abrazaba por el mismo lado el cuerpo de su hermano, y el Delfin, suspendido de una mano por el rey y de otra por la reina, tropezaba entre las piernas del padre, con el rostro levantado y los ojos fijos en él. A medida que se acercaban á la puerta de la escalera, redoblaban los sollozos, se separaban los unos de los brazos de los otros, y volvian á caer en ellos con todo el peso de su cariño y de su dolor. Por fin, el rey se separó algunos pasos hácia atras, y tendiendo desde allí los brazos á la reina, «¡Adios, adios!» le gritó con un ademan, una mirada, un tono de voz donde resonaba á la vez todo un pasado de ternura, todo un presente de angustias y todo un porvenir de eterna separacion, pero en el que se distinguia, sin embargo, un acento de serenidad, de esperanza y de alegría religiosa, que parecia señalar á su reunion la cita vaga pero confiada de una eterna vida.

Al oir este adios la jóven princesa se desprendió desmayada de los brazos de madama Isabel, y cayó sin movimiento á los piés del rey. Clery, su tia y la reina se precipitaron para levantarla, la sostuvieron y la condujeron hácia la escalera. En este instante, el rey se separó con las manos sobre los ojos, y volviéndose desde el umbral de la puerta de su cuarto, que estaba entreabierta, «¡Adios!» les gritó por última vez. Su voz se estrelló contra el sollozo de su corazon, y la puerta se cerró. Corrió á la torrecilla, donde le esperaba su consolador. La agonia de la majestad habia pasado.

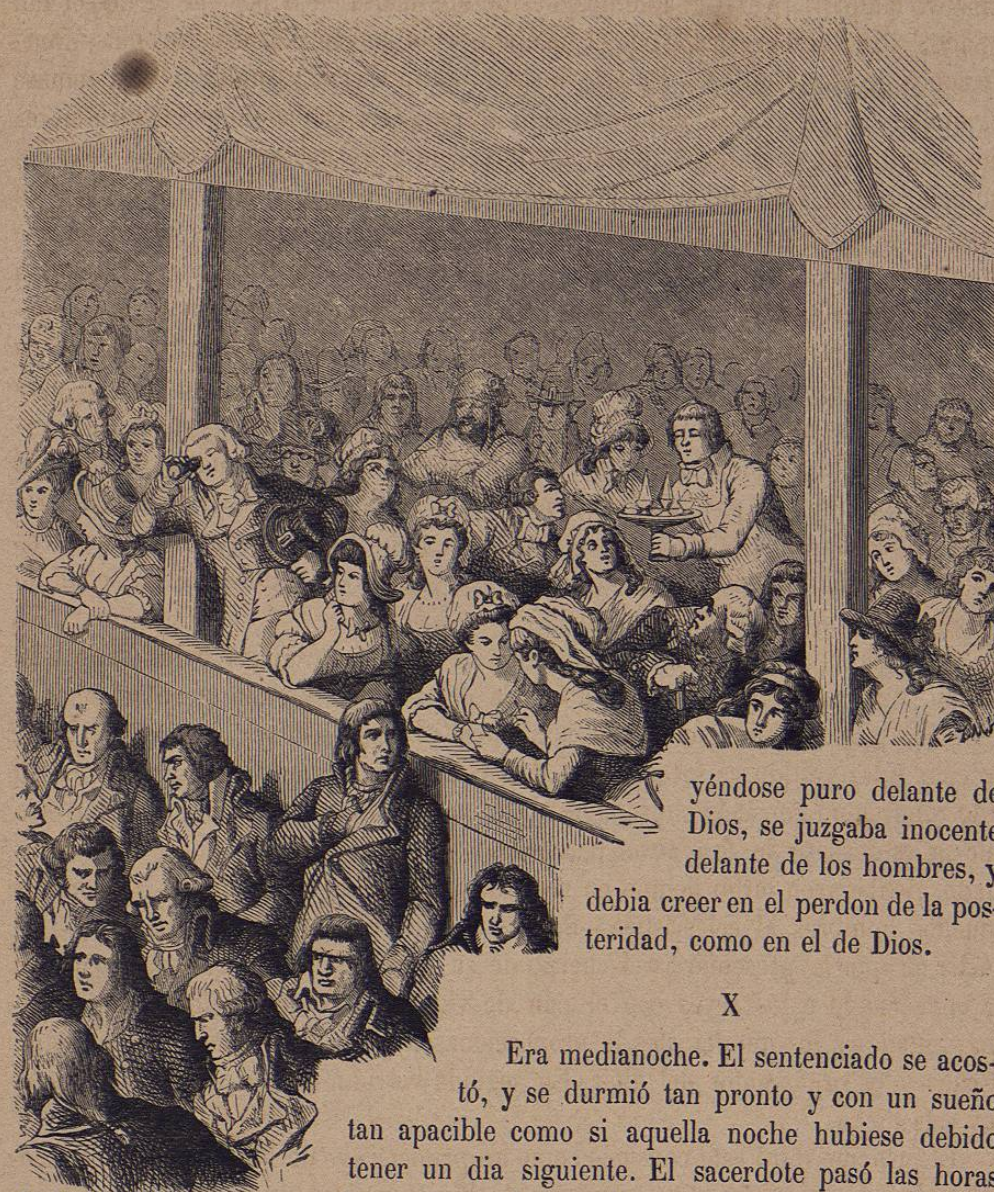
IX

El rey cayó fatigado sobre una silla y quedó largo rato sin poder hablar. «¡Ah, señor!»—dijo al abate Edgeworth.—«¡Qué entrevista acabo de tener! ¡Por qué he de

amar yo tanto!... ¡Ah!—añadió despues de una pausa.—¡Y por qué he de ser tan amado!... Pero esto se acaba con el tiempo,—continuó con voz más varonil.—Ocupémonos de la eternidad.» En este instante entró Clery, y suplicó al rey tomase algun alimento. Rehusó al principio; pero despues, reflexionando que tendria necesidad de fuerzas para luchar como hombre contra los preparativos y la vista del suplicio, comió. La comida no duró más que cinco minutos. El rey, en pié, sólo tomó un poco de pan y vino, como un viajero que no descansa. El sacerdote, que conocia la fe de Luis XVI en los santos misterios del cristianismo, y que reservaba darle la última alegría asistiéndole es su calabozo, le preguntó si no sería un consuelo para él verle celebrar al dia siguiente ántes de amanecer, y recibir de su mano el Dios hecho hombre para sufrir con nosotros, y transformado en pan para alimento de las almas. El rey, privado hacía mucho tiempo de asistir á las ceremonias sagradas (piadosa costumbre de los príncipes de su familia), se conmovió de sorpresa y alegría por aquel pensamiento. Se le figuró que el Dios del Calvario venía á visitarle en su calabozo á la última hora, como un amigo que sale al encuentro de otro, sólo que no esperaba obtener aquel favor de la dureza é impiedad de los comisarios del ayuntamiento.

Animado el sacerdote por las muestras de respeto que Garat había dado á su mision, tuvo más confianza. Bajó á la sala del consejo, y pidió la autorizacion y los medios para celebrar el divino sacrificio en el cuarto del rey, la hostia, el vino, un cáliz y las vestiduras sacerdotales. Los comisarios, indecisos, temiendo por un lado rehusar un consuelo supremo á la última hora de un moribundo, y por otro que se les acusase de *fanatismo* permitiendo á su vista los ritos de un culto repudiado, deliberaron largo tiempo en voz baja. «¿Quién nos responde—dijo uno de aquellos hombres al eclesiástico—de que no envenenareis al sentenciado con la hostia en que le presentareis el cuerpo de su Dios? ¿Sería la primera vez que se ha envenenado á los reyes con el pan de vida?» El confesor alejó toda sospecha, rogando á los municipales le proporcionasen ellos mismos el vino, la hostia, el cáliz y los ornamentos del altar. En seguida volvió á la torre para anunciar al rey esta dicha.

El príncipe miró este consuelo como un primer rayo de inmortalidad. Se recogió en sí mismo, se arrodilló, repasó ante Dios los actos, los pensamientos y las intenciones de toda su vida; aceptó vivo, no ante la posteridad ni ante los hombres, sino ante la vista de Dios, aquel juicio que los reyes de Egipto sólo tenían que sufrir en su tumba. Este exámen de su conciencia y esta acusacion de sí mismo duraron hasta bien entrada la noche. El juicio de Dios, siempre acompañado de perdon, no es el de los hombres. El rey se levantó, si no inocente, al ménos absuelto. El sacerdote, que en la confesion cristiana impone una pena voluntaria á las faltas, impuso para expiacion á su penitente la religiosa aceptacion de la muerte que iba á sufrir, y el sacrificio de su sangre para lavar el trono de todas las faltas de su familia. Prometió al rey darle en la comunión del dia siguiente el signo de reconciliacion y de esperanza, el cuerpo de Cristo crucificado. El sentimiento de la purificacion del alma que experimenta el cristiano despues de la confesion había calmado al rey; aquella atenta investigacion de las debilidades de su vida distrajo su pensamiento de la hora presente, y su reinado era más irreprochable en su conciencia que en la historia. Hasta en sus faltas hallaba sus buenas intenciones. Cre-



EUSTACHE-LORSAY.
Aspecto de la Convencion durante la sesion permanente de 17 de Enero, 1793.—Pág. 270.

yéndose puro delante de Dios, se juzgaba inocente delante de los hombres, y debía creer en el perdon de la posteridad, como en el de Dios.

X

Era medianoche. El sentenciado se acostó, y se durmió tan pronto y con un sueño tan apacible como si aquella noche hubiese debido tener un dia siguiente. El sacerdote pasó las horas haciendo oracion en el cuarto de Clery, separado del aposento del rey por un tabique de tablas, y oia desde allí la respiracion igual y serena del dormido, que atestiguaba su gran tranquilidad y la regularidad de los movimientos de su corazon, como los de la péndola de un reloj que va á pararse. A las cinco fué necesario despertarle. «¿Han dado las cinco?»—dijo á Clery. «Aún no en el reloj de la torre,—le respondió,—pero sí en otros muchos de la ciudad.» «He dormido bien,—dijo el rey,—tenia gran necesidad de ello, porque el dia de ayer me había fatigado.» Clery encendió luz, ayudó á vestirse á su amo, preparó el altar en medio del aposento, y el sacerdote celebró la misa. El rey, de rodillas, con un devocionario en la mano, parecia unir su alma á todo el sentido, á todas las palabras de aquella ceremonia, en que el sacerdote hace la conmemoracion de la última comida, de la agonía, de la muerte, de la resurreccion y de la transustanciacion de Cristo, ofreciéndose como víctima á su Padre, y dándose como alimento á sus hermanos. Recibió el cuerpo del Señor bajo los accidentes de pan con-

sagrado, y se juzgó fortificado contra la muerte, creyendo poseer en su corazón la divina prenda de otra vida. Después de la misa, mientras se despojaba de sus vestiduras el sacerdote, el rey pasó solo á su torrecilla, donde entró Clery para pedirle de rodillas su bendición. Luis XVI se la dió, encargándole se la diese en su nombre á todos aquellos que le habían sido adictos, y en particular á aquellos carceleros que, como Turgy, se habían compadecido de su cautiverio y dulcificado sus rigores. Después, llevándole al hueco de una ventana, le entregó furtivamente un sello que separó de su reloj, un paquetito que sacó de su pecho, y un anillo de desposorio que se quitó del dedo. «Entregareis después de mi muerte—le dijo—este sello á mi hijo y este anillo á la reina. Decidle que le dejo con sentimiento, y para que no sea profanado con mi cuerpo... Este paquete contiene cabellos de toda mi familia; se lo entregareis también. Decid á la reina, á mis queridos hijos y hermana que les había prometido verlos hoy, pero que he querido evitarles el dolor de una separación tan cruel renovada dos veces. ¡Cuánto me cuesta marchar sin recibir sus últimos besos!...» Los sollozos le impidieron hablar. «Os encargo—añadió con una ternura que cortaba las palabras—que les digais adios de mi parte.» Clery se retiró bañado en llanto.

Un momento después, el rey salió de su gabinete y pidió unas tijeras para que su criado le cortase el pelo, única herencia que pudo dejar á su familia, y hasta esta gracia se le negó. Clery solicitó de los municipales el favor de acompañar á su amo para desnudarle en el patíbulo, á fin de que la mano de un piadoso sirviente reemplazase en aquel último oficio la injuriosa mano del verdugo. «El verdugo basta para él»,—respondió uno de los comisarios. El rey se retiró de nuevo.

Al entrar en la torrecilla su confesor, le halló calentándose junto á la estufa y pensando al parecer con una triste alegría en el próximo término de sus tribulaciones. «¡Dios mío!—exclamó el rey.—¡Qué dichoso soy de haber conservado mi fe sobre el trono! ¿Dónde estaría yo hoy sin esta esperanza? Sí, existe en el cielo un Juez incorruptible, que sabrá dispensarme la justicia que los hombres me niegan en la tierra.»

XI

Empezaba á amanecer, y la luz del día penetraba en la torre á través de las barras de hierro. Se oía distintamente el ruido de los tambores que llamaban á los cuarteles á los ciudadanos armados, los pasos de los caballos de la gendarmaría, el estruendo de las ruedas de los cañones y de las cajas de municiones que se colocaban y variaban de sitio en los patios del Temple. El rey oía todo aquello con indiferencia, y explicaba las diferentes clases de ruido á su confesor. «Eso es probablemente la guardia nacional que principia á reunirse»,—dijo cuando oyó el primer toque de llamada. Algunos momentos después se oyeron las pisadas de muchos caballos en el empedrado al pie de la torre, y las voces de los oficiales que formaban sus tropas en batalla. «Ya se acercan»,—dijo interrumpiendo y volviendo á seguir la conversación. Estaba sin impaciencia y sin temor, como un hombre que llega primero á una cita donde le hacen aguardar. Esperó mucho tiempo. Por espacio de dos horas, venían con varios pretextos á llamar á la puerta de su gabinete, y cada vez creía el confesor que era la última. El rey se levantaba

sin turbación, iba á abrir, contestaba, y volvía á sentarse. A las nueve se oyen en la escalera pasos tumultuosos, y las puertas se abren con estrépito. Santerre se presenta, acompañado de doce municipales y á la cabeza de diez gendarmes, que colocó en el cuarto formando dos filas. El rey, al oír aquel bullicio, entreabre la puerta de su gabinete. «¿Venís á buscarme?—dijo á Santerre con voz firme y conservando una actitud imperiosa.—Aguardadme un instante ahí.» Muestra con el dedo la entrada de su cuarto, cierra la puerta, y vuelve á ponerse de rodillas á los pies del confesor. «Todo está consumado, padre mío,—le dice.—Dadme la última bendición, y rogad á Dios que me sostenga hasta el fin.» Se levanta, abre la puerta, marcha con frente serena y la majestad de la muerte en el aspecto y las facciones, y se coloca entre la doble fila de gendarmes. Tenía en la mano un papel doblado, que era su testamento, y dirigiéndose á un municipal que estaba enfrente de él, le dice: «Os ruego que entreguéis este papel á la reina». Un movimiento de admiración que notó en aquellos rostros republicanos le hizo comprender que se había equivocado en la palabra, y la enmendó diciendo: «Mi esposa». El municipal retrocede y contesta bruscamente: «Eso no me corresponde á mí, pues estoy aquí para conducirlos al cadalso». Este municipal era Jacobo Roux, sacerdote que había abandonado su ministerio y toda especie de caridad al dejar el traje. «Es verdad»,—dijo el rey por lo bajo, profundamente contristado. Luego, mirando los rostros y volviéndose hacia aquel cuya expresión más dulce le indicaba un corazón menos implacable, se acercó á un municipal llamado Gobeau. «Os ruego—le dijo—entreguéis este papel á mi esposa. Podeis leerle; hay en él disposiciones que la municipalidad debe conocer.» El municipal, con asentimiento de sus colegas, recibió el testamento.

Temiendo Clery, como el ayuda de cámara de Carlos I, que el frío hiciera parecer que su amo temblaba ante el cadalso, le presentó su capa, y el rey le dijo: «No, no la necesito; dadme sólo mi sombrero». Al recibirle, cogió la mano de su fiel servidor y la apretó con fuerza en señal de inteligencia y despedida; luego, volviéndose hacia Santerre y mirándole cara á cara con un gesto de resolución y un tono de mando, dijo: «¡Marchemos!»

Parecía que Santerre y su tropa le seguían más bien que le custodiaban. El príncipe bajó con paso firme la escalera de la torre, y hallando en el vestíbulo al portero llamado Mathey, que le había faltado al respeto la víspera, y á quien había reprendido con irritación su insolencia, se adelantó hacia él, y le dijo con un gesto cordial: «Mathey, he sido ayer un poco vivo con vos; perdonadme en un momento como éste». Mathey, en vez de responderle, aparentó volver la cabeza y retirarse, como si el contacto del moribundo hubiera sido contagioso.

Atravesando á pie el primer patio, el rey se volvió dos veces hacia la torre y levantó la vista en dirección de las ventanas de la reina. En esta mirada iba toda su alma á llevar un mudo adiós á todo lo que dejaba de sí mismo en la prisión.

Un coche le esperaba á la entrada del segundo patio, y dos gendarmes en la portezuela. Uno subió primero y se sentó al vidrio; el rey entró después, é hizo colocar á su confesor á su izquierda; el segundo gendarme entró el último, y cerró. El coche partió.

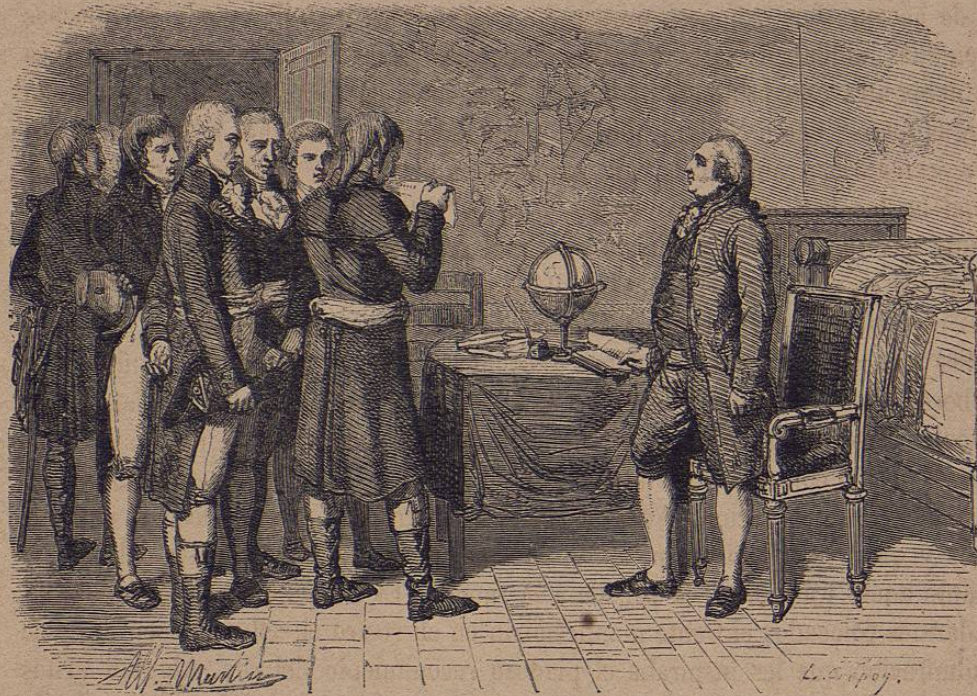
Precedían á los caballos sesenta tambores batiendo marcha. Un ejército ambulante, compuesto de guardias nacionales, de federados, de tropas de línea, de

caballería, de gendarmes y de artillería, marchaba delante, detras y á los lados del coche. Todos los habitantes de Paris estaban encerrados en sus casas, habiendo prohibido una órden de la municipalidad á los ciudadanos que no formasen parte de la milicia armada atravesar las calles que desembocan en los boulevares y asomarse á las ventanas desde donde pudiese verse el acompañamiento; hasta se habian hecho evacuar los mercados. Un cielo oscuro, nebuloso y helado sólo dejaba ver á muy poca distancia los bosques de picas y de bayonetas colocadas como barreras inmóviles desde la plaza de la Bastilla hasta el pié del cadalso, en la de la Revolucion. De distancia en distancia, aquella doble muralla de acero estaba reforzada por destacamentos de infantería mandados venir del campamento inmediato á Paris, con la mochila á la espalda y las armas cargadas como en un dia de accion. Los cañones, preparados, cargados á metralla y con las mechas encendidas, enfilaban las principales embocaduras de las calles en toda la línea que debía atravesar la fúnebre comitiva. El silencio en la ciudad era tan profundo como el terror; nadie comunicaba sus pensamientos á su vecino; hasta las fisonomías permanecian impasibles bajo las miradas del delator. Notábase algo de maquinal en los rostros, en los gestos y en la vista de aquella multitud. Pudiera decirse que Paris habia abdicado su alma, para temblar y obedecer. Apénas se veia al rey en el fondo del coche, ocultándole las bayonetas y los sables desnudos de la escolta. Llevaba una casaca oscura, unos calzones de seda negra, chaleco y medias blancas; sus cabellos estaban recogidos bajo el sombrero. El ruido de los tambores, de los cañones, de los caballos, y la presencia de los gendarmes, le impedian hablar con su confesor. Dijo sólo al abate Edgeworth le prestase el breviario, y buscó con el dedo y la vista los salmos cuyos gemidos y esperanzas eran adecuados á su situacion. Aquellos cánticos sagrados, tartamudeados por sus labios y que resonaban en su alma, le evitaban el ruido y la vista del pueblo durante aquel tránsito de la prision á la muerte. El clérigo oraba á su lado. Los gendarmes colocados enfrente manifestaban en su rostro el sello del asombro y de la admiracion que les inspiraba el piadoso recogimiento del rey. Algunos gritos de gracia salieron al partir el coche de entre la multitud acumulada á la entrada de la calle del Temple; aquellos gritos murieron sin eco, en el tumulto y en la compresion general de los sentimientos públicos; pero no se oyó ninguna injuria ni imprecacion. Si se hubiese preguntado uno por uno á los doscientos mil ciudadanos autores ó espectadores de aquellos funerales de un vivo: «¿Es necesario que este hombre, solo contra todos, muera?», puede que ni uno solo hubiese contestado *si*. Pero las cosas estaban combinadas de tal modo por la desgracia y la severidad de la época, que todos cumplian sin dudar lo que ninguno aisladamente hubiera querido cumplir. Esta multitud, por la presion mutua que ejercia sobre sí misma, se impedía ceder á su enternecimiento y su horror, semejante á la bóveda, cuyas piedras aisladas tienden cada una á flaquear y caer, pero donde todas permanecen suspensas por la resistencia que la presion opone á su caída.

XII

En la confluencia de las numerosas calles que salen al Boulevard entre las puertas de San Dionisio y San Martin, sitio donde se ensancha el tránsito y una

pendiente rápida hace acortar el paso de los caballos, una repentina ondulacion detuvo por un momento la marcha. Siete ú ocho jóvenes, desembocando en masa de la calle Beauregard, rompiendo por medio de la multitud, se precipitaron hácia el coche sable en mano, gritando: «¡A nosotros los que quieran salvar al rey!» Entre ellos estaba el baron de Batz, aventurero de conspiraciones, y su secretario Devaux. Tres mil jóvenes, afiliados secretamente y armados para este golpe de mano, debian responder á aquella señal, é intentar despues un levantamiento en Paris apoyados por Dumouriez. Ocultos aquellos intrépidos conspiradores, viendo que nadie les seguia, se abrieron paso, favorecidos por la sorpresa y la confusion, á traves de las filas de la guardia nacional, y se perdieron en las calles vecinas. Un



Notificacion hecha al rey de su sentencia de muerte.—Pág. 296.

destacamento de gendarmería los persiguió y alcanzó á algunos, que pagaron su tentativa con la vida.

La comitiva, detenida un momento, volvió á emprender su marcha, en medio del silencio y de la inmovilidad del pueblo, hasta la embocadura de la calle Real, junto á la plaza de la Revolucion. Allí un rayo de sol de invierno, penetrando por entre la niebla, dejaba ver la plaza cubierta con cien mil cabezas, los regimientos de la guarnicion de Paris formando el cuadro en torno del cadalso, los ejecutores esperando la víctima, y el instrumento del suplicio mostrando por encima del gentío sus maderas y sus vigas pintadas de color de sangre.

Aquel suplicio era la gillotina. Esta máquina, inventada en Italia é importada en Francia por la humanidad de un médico célebre de la Asamblea constituyente llamado Guillotin, habia sido sustituida á los suplicios atroces é infamantes que la revolucion quiso abolir. Tenia ademas, segun creian los legisladores de la Asamblea constituyente, la ventaja de no hacer derramar la sangre del hombre por la